

A close-up, high-contrast photograph of a man's face, focusing on his eyes and the texture of his skin. The lighting is dramatic, with deep shadows and bright highlights, creating a somber and intense atmosphere. The man's eyes are light-colored and looking slightly to the left of the frame. The background is dark and indistinct.

Francisco José Segura Garrido

**EL HOSTAL
DEL INGLÉS**

Segunda novela de la saga de inspector Martín Campillo ambientada en Cartagena y en la bahía de Portmán. Transcurre entre los años 50 y 70 del pasado siglo.

Nos trasladamos a septiembre de 1975. En el cerrado Hostal Dorado, ahora edificio abandonado, se produce un incendio que descubre el cadáver de un hombre anteriormente asesinado. La autopsia revela que se trata de Ramón Freire, un delincuente habitual, al que su agresor ha propinado 62 puñaladas, ninguna de ellas mortal. La investigación se centra en Aiden Collins, ciudadano inglés propietario del edificio. Tras meses de búsqueda sin éxito el caso se archiva sin resolver. En 1980, el inspector Martín Campillo, recién trasladado a la comisaría de Cartagena, retoma la investigación del caso archivado.

*Para mi familia:
Carmen, Francisco y Laura*

1

1979

Botas camperas con suelas de goma por si hay que salir jalando, pantalón negro de pata recta, camisa blanca de manga corta, cinturón de piel negra con funda para la pistola Star de 9 mm largo en el lado izquierdo; en la parte posterior funda para las esposas, chaqueta de color gris, ancha y ligera, para disimular las herramientas. Martín Campillo, inspector de policía, alto, de músculo largo, pelo ondulado rubio, ojos verdes y gesto duro terminaba de arreglarse ante el espejo de la entrada de su nueva casa en la calle Andino de Cartagena. Un tercer piso que permitía contemplar el puerto desde el pequeño balcón sobre la calle Mayor.

Todavía conservaba parte de la coquetería juvenil, solo tenía treinta y seis años, sobre todo en el vestir, le gustaba sentirse cómodo con la ropa que llevaba y dar buena imagen.

Hoy, tras diez años ejerciendo su profesión por distintas comisarías del país, se incorporaba a su nuevo puesto en homicidios de Cartagena, su ciudad natal.

La vida no le había tratado demasiado bien, especialmente en los últimos años, o como le decía su amigo de la infancia Paco, no había tomado las decisiones adecuadas. A fin de cuentas, le daba igual. Su matrimonio saltó en mil pedazos. Un horario anárquico, pocas horas en casa y demasiadas en bares y locales poco recomendables llevaron

al límite la relación con su exmujer: demasiadas broncas, demasiados reproches, demasiados «tú tienes la culpa». Pidió una última oportunidad, una vuelta a casa e intentar normalizar sus vidas, lástima que su mujer no pensase igual: «Vete y sal de mi vida de una puta vez».

Ahora en Cartagena intentaría volver a ser la persona que recordaba de su juventud, un chico alegre y comprensivo; esperaba que siguiese por algún rincón de su interior.

No tenía padres, murieron hacía años, ni hermanos o familia directa, estaba solo. Con sus pocos amigos de juventud llevaba años sin relacionarse, desconocía si seguían viviendo en la ciudad. Tampoco quería su compañía en estos momentos. No tenía ningún deseo de contar su sentimiento de fracaso personal a nadie, ni siquiera a su amigo Paco con el que había distanciado la relación telefónica que mantenía. Ya se sentaría en un bolardo del muelle y le contaría sus mierdas al mar. Confiaba en ese Mediterráneo azul y cálido para iniciar una nueva etapa en su vida.

Estaba solo, se lo repetía una y otra vez para no esperar nada de nadie. Soledad no buscada, tampoco deseada, pero a la que se acostumbró hasta conseguir no notarla. La prefería a la compañía de los últimos años, necesitaba tiempo y ella ahora que ya no dolía era una buena compañera de viaje.

Se presentó a primera hora en comisaría. Una conversación amable con el comisario jefe, Juan Jiménez, y a empezar su trabajo. Un caso archivado de 1975, el asesinato de un tal Ramón Freire y la desaparición de un ciudadano inglés llamado Aiden Collins, propietario del Hostel El Dorado, en la bahía de Portmán. Luego hacer suyo el despacho de la segunda planta, decorándolo con una foto de juventud sobre la mesa: Pedro, Paco y él en la playa del

Gorgüel, un pisapapeles y un juego de pluma y bolígrafo regalo de su exmujer. Lo miró una vez finalizada la decoración: «Poco equipaje para tantos años».

La puerta se abrió, un hombre moreno, de unos cuarenta años, delgado y con una sonrisa franca entró.

–Buenos días, inspector. Bienvenido a Cartagena. Soy José Manuel Sánchez, subinspector asignado a su unidad.

Martín esbozó una leve sonrisa y extendió el brazo para darle la mano. Lo observó durante unos instantes, quería conseguir una primera impresión antes de hablar con él.

–Buenos días, ¿José Manuel o Sánchez?

–Como prefiera.

–Pues entonces: buenos días, José Manuel.

–Supongo, por el acento, que no eres de Cartagena.

–Así es. Mi mujer y yo somos de Oviedo, aunque llevo bastantes años viviendo y trabajando aquí. De hecho, mi segunda hija nació en esta ciudad. Usted sí es de aquí, ¿verdad?

–Sí. Bueno no me he presentado: inspector Martín Campillo, pero me puedes llamar inspector, Martín o Campillo, lo que te resulte más cómodo. Ahora eso sí, siempre de tú.

–Su mujer también es de Cartagena.

No quería ser desagradable, lo acababa de conocer, pensó durante un instante la mejor forma de dejárselo claro sin molestarle en exceso, en todo caso él había hecho la primera pregunta de carácter personal.

–Perdona, no quiero que te sienta mal, pero no me gusta mezclar lo personal con lo profesional. Son manías mías. Con el tiempo, cuando nos conozcamos un poco mejor quizás será el momento de intimar.

–No me ofende, inspector. Le entiendo perfectamente, soy yo el que te pide disculpas.

–Venga, está bien, no pasa nada. Siéntate, por favor. Tenemos trabajo. El jefe quiere abrir el caso del asesinato

de Ramón Freire y la desaparición del ciudadano inglés. ¿Qué sabes del tema?

—Yo no participé directamente en la investigación, pero fue un caso muy mediático. Toda la prensa, tanto la nacional como la regional y local, informaron ampliamente de lo sucedido.

Ramón Freire apareció amarrado a la barra de la cafetería del hostel cosido a puñaladas y quemado, lo encontró una trabajadora del local.

Inicialmente se pensó que el cadáver pertenecía al inglés, el dueño del hostel, pero la autopsia dejó claro que el cadáver no se correspondía en absoluto con la descripción del inglés; este era alto y pelirrojo, el muerto bajo y moreno. A partir de ese momento se emitió, sin éxito, una orden de busca y captura contra Aiden... no recuerdo el apellido. El muerto fue identificado como Ramón Freire, un delincuente con ficha policial por robo y tráfico de drogas.

Siempre me pareció que se destinaban pocos recursos a la investigación, no deja de ser una opinión mía, te lo digo porque El Indiscreto de Cartagena, un periódico local, siguió durante mucho tiempo hablando del caso, de alarma social, desplegando toda una serie de teorías en sus editoriales acompañadas de supuestas declaraciones de testigos; desde ritos satánicos a ajuste de cuentas pasando por todo lo que seas capaz de imaginar.

—¿Por qué lo de los pocos recursos?

—Pues por una simple razón, únicamente llevaron la investigación un inspector y un sargento. Ni siquiera la presión mediática hizo aumentar los recursos. Al poco tiempo, si preguntabas algo el silencio era la respuesta. Si no me tomaras por paranoico hablaría de secretismo.

Campillo le escuchó con atención. ¿Secretismo? Esperaba no encontrarse ante un caso de los que no hay que resolver. Llevaba suficiente tiempo ejerciendo de policía como para saber que, de vez en cuando, alguien con peso

en el Cuerpo decidía que era mejor pasar de puntillas por algún caso. Nunca le había gustado. Esperaba poder ejercer su profesión sin conflictos. «Acabo de aterrizar y ya me estoy montando una película –pensó– esperemos a tener más detalles».

–Bueno. Hace un rato he bajado al archivo para recoger la caja con la documentación del caso.

Sobre la mesa una caja de cartón etiquetada con dos nombres: Aiden Collins y Ramón Freire - BC0067/75. Seguía cerrada. Campillo la acercó hasta él. La abrió despacio, esperaba encontrarse ante un archivo cualquiera, pero en su interior algo le decía que ese simple gesto le iba a traer problemas. Confiaba más en su intuición que en cualquier otra herramienta de las disponibles. Una tía suya veía a las personas que iban a morir en poco tiempo, e incluso hablaba con ellas, en lugares donde no habían estado. En cierta medida y sin llegar a ese extremo, se consideraba heredero de esos poderes.

–Veamos qué tienes para nosotros.

Contenía declaraciones de testigos y el informe final del inspector responsable del caso. ¿Dónde estaban las pruebas físicas? No era «normal» archivar por separado en los casos pendientes.

–¿Las pruebas físicas se guardan en otro sitio?

–En los casos pendientes, no. El procedimiento deja claro que informes, declaraciones y pruebas se guardan juntos al dejar un caso a la espera, ya lo sabes.

–¿Puede ser un error? –comentó Campillo extrañado.

–Es muy probable. Me sorprende mucho que no haya nada –José Manuel también manifestaba extrañeza ante la situación–. Algo debieron encontrar en el Hostel. El edificio no ardió en su totalidad, el incendio solo afectó a las zonas comunes, las habitaciones no sufrieron ningún daño. Los bomberos llegaron enseguida y controlaron el incendio.

–¿Se descartó al inglés como autor?

–Al principio sí, ya te he comentado que pensaba que el cadáver era el suyo. No conozco la conclusión del expediente, así que no sé si se le consideró desaparecido o se le inculcó del asesinato.

–Bien, José Manuel. Vamos a empezar con esta historia. Mientras yo ordeno la documentación de la caja podías bajar al archivo e intentar localizar dónde pueden estar las pruebas o enterarte de si en verdad no recogieron ninguna. Tal vez no encontraron nada significativo, aunque eso debería hacernos pensar en profesionales y no en un inglés dueño de un hostel.

José Manuel asintió con la cabeza y salió del despacho. Campillo empezó a ordenar las distintas declaraciones. Primero quería saber todo lo posible del inglés.

–Bueno, Aiden. Vamos a ver qué me cuenta esta caja sobre ti.

2

1955

Una BMW R68 dejaba tras de sí una nube de polvo. Atravesaba una estrecha carretera de tierra, profusa en baches, por la serranía de Cartagena; un paisaje lunar, producto de la explotación minera a cielo abierto, jalonado de montañas de escoria, pantanos de decantación y toda clase de residuos mineros, en el que predominaban el color amarillo, el rojo pirita, el marrón óxido y el azul filita. Ni un solo vestigio de la vegetación que antaño tuvo que cubrir la zona, solo malas hierbas, algún palmito intentando sobrevivir y el duro esparto. La desolación era total.

Por esa carretera circulaba Aiden Collins, un inglés blanco de leche, de esos que parecen crudos, con el pelo más rojo que rubio y unos vivos ojos violetas. Se había propuesto conocer la España profunda y rural. Llevaba dos meses recorriéndola con su motocicleta y una máquina de fotos colgada del cuello, capturando paisajes y personas; asombrado ante esos hombres morenos y delgados que en verano vestían con camisas de manga larga, pantalones de pana y alpargatas, con sus burros y sus carros, que carecían de todo y, sin embargo, mantenían su humor, hospitalidad y generosidad intactas. La pobreza los machacaba, pero ellos seguían intentando ser felices, conformándose, en un alarde de resignación cristiana, con lo poco que poseían. Las mujeres, enlutadas permanentemente, menudas y fuertes como robles, siempre un paso

detrás de sus maridos y rodeadas de niños, alimentaban con sus pocos recursos a esa retahíla de hijos a los que, si Dios no decidía llevarse, sacarían adelante. Un país con las cicatrices de la cruel guerra vivida presentes en la gente, el paisaje y las cárceles. Un país donde el miedo reinaba en cualquier lugar.

Tras tomar una curva cerrada no tuvo más remedio que parar. Se bajó de su motocicleta, asombrado ante el paisaje. Caminó despacio hasta el borde del pequeño precipicio incapaz de retirar la mirada de la espléndida bahía que se extendía, en todo su esplendor, a sus pies. Un oasis en mitad de esa serranía desértica que acababa de atravesar, iluminado por un sol radiante.

Un pequeño pueblo a la falda de la montaña, de casas blancas y rojas, se mostraba hermoso frente a un mar azul, de ese azul que solo el Mediterráneo sabe pintar. En la montaña que rodeaba la bahía crecía un bosque cargado de pinos, cipreses, encinas y otros muchos arbustos y árboles que desconocía. Aquí, toda la sierra que guardaba a la bahía seguía viva. La arena de la playa, de un marrón claro casi dorado, se adentraba por los cañaverales fronterizos hasta llegar a la carretera que la circunvalaba. En el extremo más cercano, un pequeño puerto pesquero. Frente a él, en el otro extremo, un faro y lo que parecía una edificación militar.

Sacó de su bolsillo un mapa doblado en mil pliegues: Portmán, estaba frente al pueblo y puerto de Portmán. Una necesidad vital de conocerlo, al pueblo y sus gentes, se adueñó al instante de él. ¿Cómo habían conseguido sobrevivir a tanta destrucción?

Al pie de la sierra, antes de llegar al pequeño pueblo, un camino a la derecha flanqueado en ambos márgenes por eucaliptos finalizaba en el puerto. Un pequeño puerto, poco más que un espigón de hormigón con un rompeolas en el extremo, en cuyos bolardos se amarraban barcas de remos de un solo mástil y vela latina, la usada por los pes-

cados de bajura. «Pocas capturas y menos dinero», pensó Aiden mientras entraba en la cafetería de la lonja del pescado. Se dirigió a la mujer tras la barra.

–Buenos días –se expresó en un español casi sin acento, pero ese casi le delató–. ¿Tendría algo para comer?

La mujer, vestida de alegres colores, lo miró sorprendida. ¡Un extranjero! No se veían muchos desde la guerra civil.

–¿Es usted americano?

–No, pero ha estado cerca de acertar: soy inglés.

Acercó la cabeza a Aiden y en voz baja, tras comprobar la ausencia de clientes en el bar, le confesó:

–Yo conocí un americano de las Brigadas Internacionales. Un chico joven y rubio como usted. Estaba el pobretillo en el hospital de Cartagena, con una herida muy grave en la barriga. Decían que le alcanzó una granada. Al final murió. Ya ve usted, venir de tan lejos *pa* morir aquí solico. Vamos a ver cómo te podemos aviar –su voz volvía a sonar en su tono habitual, alto y claro–. Tengo estornino en escabeche. Está buenísimo, lo hago yo.

–¿*Estorneno*?

–Un *pescao* de aquí buenísimo de deglutir. Venga, siéntate. Te va a gustar.

Aiden no discutió, confiaba en esa mujer, se había cruzado con muchas como ella en su viaje por España y siempre le trataron bien. No sabía si era el instinto maternal de las españolas, su hospitalidad o su asombro ante un inglés blanco y rubio entre tanto hombre quemado por el sol.

La comida acompañada del vino y de la conversación de Antonia, así se llamaba la mujer, transcurrió entre preguntas y risas. Antonia resultó una anfitriona alegre y dicharachera. Se sentía cómodo. Le gustaba este país y sus gentes.

–Antonia, he comido como un rey. –Ella soltó una carcajada: «Qué cosas tiene este hombre», pensó–. Una pre-

gunta más. ¿Dónde puedo alquilar una habitación? Me gustaría poder quedarme unos días en Portmán.

—Aquí hay un hotel, el del «Tío Lobo».

—¿No hay posibilidad de alquilar una habitación en la casa de un vecino? A mí me gusta más hospedarme en casas de particulares, se conoce mejor a la gente, al pueblo y a las costumbres. Los hoteles son todos iguales.

—¡Uf! Eso es más difícil. Puedes probar en casa de la Carmen.

Otra vez bajó la voz igual que si le fuese a contar un gran secreto. Sin ninguna duda tenía espíritu de espía.

—Es viuda, el Juan murió hace muchos años, se lo llevó la mar. Ella, en verano, le alquila una habitación a un matrimonio de murcianos que vienen aquí a pasar el mes de agosto. Ahora, el resto del año, que yo sepa, no lo ha hecho nunca.

—Bueno, a lo mejor si le pago bien no le importa. ¿Dónde vive?

—En la calle Mayor, justo enfrente de la puerta de la iglesia. Dile que te manda la Antonia, la de la lonja.

—Muchas gracias, Antonia. El *estorneno* riquísimo.

«El *estorneno*, mira que hablan mal estos *jodíos* ingleses», rio para sus adentros, «pero vaya propina me ha *dao* y lo simpaticote que es».

El pueblo de casas de piedra y mortero de cal, donde todavía era visible el adobe en algunas de ellas, nacía y crecía en torno a la iglesia. Los techos de láguena o de teja sobre troncos de pita, las fachadas encaladas y las calles de tierra clasificaban socialmente a sus habitantes; mineros y pescadores. Entre las humildes casas, salpicadas por el pueblo, aparecía de vez en cuando una mansión de estilo modernista propiedad de ricos dueños de minas o de algún otro hombre de «provecho».

Llamó a la casa de Carmen.

Una mujer totalmente vestida de negro, con un pañuelo del mismo color en el pelo, se asomó por una de las

ventanas enrejadas de la puerta. Antes de pronunciar palabra, lo examinó de arriba abajo. «¿Quién era este tío tan rubio y blanquijo?».

–Dígame, ¿qué desea?

–¿Es usted Carmen? La que alquila una habitación. Me manda Antonia, la de la lonja.

–Yo soy Carmen, pero no alquilo ninguna habitación.

–Es solo para unos pocos días, puedo pagarle muy bien.

Lo volvió a mirar de arriba abajo. El interés superaba la desconfianza ante el extraño. ¿Cómo decirle que no a un ingreso extra? Los tiempos no estaban para tonterías.

–¿Cuántos días dice que son?

–Una semana, dos tal vez. Le puedo dar 6000 pesetas.

Eso era más de lo que ella cobraba en un mes. Abrió la puerta. No intentó que su tono sonase amable, las cosas claras desde el principio.

–Si quiere comer aquí, se paga aparte. Las 6000 pesetas son por la habitación. Hay una serie de normas: la puerta de su habitación la cierro con llave a las once de la noche y la abro a las siete de la mañana. Dentro le dejo un orinal y una palangana con agua para lavarse. Si quiere salir a la calle después de que cierre la puerta, lo hace por la ventana, pero cuando vuelva, entra por ahí. No llame a la puerta porque no le abriré. Si le interesa, eso es lo que hay.

–Perfecto –esbozó una sonrisa de oreja a oreja–. ¿La motocicleta?

–La moto en la calle. Aquí no roba nadie un cacharro como ese. ¡Ah!, el pago por adelantado. Dos semanas, ni un día más.

Sacó de una de las alforjas de la motocicleta una cartera y le entregó el dinero. La habitación, de paredes encaladas, era modesta en muebles; una cama, un arcón para la ropa y una silla con una pequeña mesa escritorio. La única ventana daba al patio trasero, que a su vez, detrás de una

tapia baja, comunicaba con la calle posterior; un buen sitio para dejar la motocicleta.

–Voy a dejar el equipaje sin deshacer y a darme una vuelta por el pueblo. Tome 1000 pesetas para la comida.

¿A qué hora se cena?

–Entre las ocho y las nueve.

Salió a la calle deseando encontrar más mujeres como Antonia o con algo de mejor carácter que Carmen.